

¡Oh Salvador y Redentor magnánimo! Nosotros prosternados á tus piés te pedimos fervientemente que el inefable misterio de tu gloriosa resurrección produzca en nuestros corazones los efectos de tu misericordia; haciendo, que resucitando de la muerte del pecado, establezcamos un sistema de vida en que solo busquemos y gustemos lo que es del cielo, (1) robusteciendo nuestras almas con las virtudes de la fé, esperanza y caridad, y perennociendo en ellas hasta la muerte, logremos por tu misericordia la gloria en que vives y reinas por toda la eternidad. Amen.

(1) Ad Coloss. 3.

SERMON

SOBERO

LA ASCENSION DE JESUCRISTO.

Et Dominus Jesus, postquam locutus est eis, assumptus est in caelum; et sedet á dextera Dei.

Y el Señor Jesus, despues que habló á los discipulos, subió á los cielos, y está sentado á la diestra de Dios.

S. Márcos, c. 16, v. 19.

Al fin, despues de una vida laboriosa, comenzada en las lágrimas, continuada en las persecuciones, acabada en los tormentos, llega el instante en que el Hijo de Dios va á dejar la compañía de los hombres y á tomar posesion del reino que es su verdadera patria. Dirige sus pasos al monte de las Olivas, y este teatro de sus ignominias se convierte en teatro de su gloria. Despues de

haber dado la última instrucción á sus discípulos, se eleva en medio de los aires, y muy pronto le oculta á su vista una nube resplandeciente. ¡Qué triunfo tan pomposo y magnífico! Jesús triunfa, no como Elías arrebatado en un carro de fuego, no como los justos llevados por las manos de los ángeles, no como los héroes profanos que iban al Capitolio á deponer sus frívolos laureles en el seno de un Dios quimérico, no como aquellos soberanos, admiración y terror de su siglo, que encadenaron á su carro, coronado por el genio de la victoria, reyes y naciones enteras, apoyados en los brazos y auxilios de sus súbditos, sino que por sí mismo, por su virtud omnipotente, sostiene y termina su marcha victoriosa: y vedle que ha llegado ya á los umbrales del imperio. El cielo abre sus puertas; de todas partes salen á recibir al Soberano; las bóvedas inmortales de la Santa Jerusalen resuenan con aplausos y gritos de alegría; entra en la celestial morada, es conducido al trono de Dios vivo, toma asiento á la diestra de su Padre; los espíritus celestiales se postran al punto; y por una adoración profunda, tributan á Jesucristo el homenaje que pertenece al Ser Supremo. ¡Qué elevación tan gloriosa! ¡Qué destino tan brillante!

Católicos: ¿quién, á vista de un espectáculo tan asombroso, no siente su corazón dilatarse y exhalarse en el santo anhelo de reunirse á su divino Jefe en los tabernáculos de la Ciudad Eterna? Estoy seguro de que cada uno de nosotros, con un ardor tan vivo como justo, aspira á tan dichoso y sublime estado. Todos deseamos con ansia un asiento en el reino del Hombre Dios: noble ambición, harto digna de un corazón cristiano! Sostengamos, pues, este tan santo deseo: suspiremos por la patria celestial, precioso objeto de nuestras mas dulces esperanzas; pero no nos engañemos en los medios de alcanzarla. Decidme: ¿podremos atravesar el torrente de aficciones que el Salvador ha superado primero? ¿Tendremos bastante valor para pisar con pié tranquilo los bienes y los males de esta vida? ¿Bastante prudencia pa-

ra sacrificar el placer al deber, la naturaleza á la virtud, la tierra al cielo, el tiempo á la eternidad? ¿Bastante fuerza para despreciar la ridícula fantasma del respeto humano, los sarcasmos del libertinaje, las blasfemias de la impiedad? ¿Bastante constancia para sostener hasta el fin el carácter laborioso de víctimas? ¿Bastante sabiduría para abrazar la locura de la Cruz y marchar á la vista de los hombres bajo este estandarte de las ignominias? Porque tal es el único camino que conduce á la gloria. En efecto; la vida paciente y la vida gloriosa tienen entre sí la misma relación y analogía que la semilla y el fruto, el trabajo y el salario, el combate y el triunfo; es decir, que el estado de Jesucristo glorioso debe conducirnos á la imitación de Jesucristo paciente; y que la imitación de Jesucristo paciente asegura nuestras pretensiones al estado de Jesucristo glorioso: alternativa que es al mismo tiempo un motivo de temor y de esperanza para nosotros; de temor, si rehusamos padecer con Jesucristo; de esperanza, al contrario, si sufrimos. Jesucristo glorioso nos asegura el premio de nuestros sufrimientos; esperamos, pues, si sufrimos por su gloria. Hé aquí todo mi designio: designio muy necesario en este siglo perverso y relajado, en que Jesucristo apenas es conocido sino por el desprecio de sus leyes. Tributamos, es verdad, á la Cruz un culto exterior; pero al mismo tiempo profesamos una declarada antipatía á los sufrimientos. Aun los que mas se precian de seguir al Crucificado en la senda de sus dolores, mitigan en su favor las severas máximas del Evangelio; le templan al tono de sus pasiones, de sus intereses, de su genio; le acomodan al plan de una filosofía prudente, ilustrada, metódica, enemiga de las pequeñeces; le explican, le violentan y le reducen al nivel de aquellos oráculos ambiguos de los gentiles que se prestaban á toda suerte de interpretaciones.

¡Dios mio! Necesito ser sostenido por vuestra gracia

para combatir nuestra obstinada resistencia á la Cruz y á los sufrimientos. Os la pedimos por la intercesion de vuestra augusta Madre y Señora nuestra, á quien saludamos con el Angel: Ave Maria.

Primera parte.

Si fué preciso que para entrar en la gloria padeciese el Hijo de Dios, á quien el universo adora como manantial de la justicia, principio de la vida y dispensador de la inmortalidad, *oportuit pati Christum*, ¿en qué nos fundamos nosotros, viles esclavos del crimen y tributarios de la muerte, para pretender la exencion de una ley cuyo rigor ha experimentado este Dios-Hombre, á pesar de todos sus privilegios? A lo menos no lo entendia así San Pablo. «Vosotros habeis recibido el espíritu de adopcion, decia á los romanos; el espíritu que nos constituye hijos del Padre celestial.» pues si somos hijos, somos evidentemente herederos de Dios y coherederos de Jesucristo, pero con tal que suframos con El, á fin de ser glorificados: *Si tamen compatimur, ut et conglorificemur*.

Bien sé que la obligacion de sufrir turba y subleva la naturaleza y desconcierta al amor propio; la una opondrá sus repugnancias, el otro emplea sus astucias y artificios; pero, á pesar de los disgustos de la una y de los sofismas del otro, este deber no es menos indispensable, ni menos riguroso para todos los fieles. Porque al fin, este no es meramente un consejo de perfeccion; el ejemplo de Jesucristo demuestra su necesidad: ni es tampoco una práctica arbitraria y subordinada á nuestros discursos: la ley de Jesucristo fija su carácter y determina su rigor. De-

bemos, pues, sufrir á imitacion de Jesucristo, á pesar de las repugnancias de la naturaleza; debemos sufrir según las reglas establecidas por Jesucristo contra las astucias y mitigaciones del amor propio.

Si, hermanos míos: el ejemplo de un Dios paciente nos impone la obligacion de sufrir. Este es un axioma de la ley de gracia; axioma fundamental, que anuncia una deuda inherente á la cualidad de cristiano: un tributo personal, que este ha de satisfacer si aspira á la gloria de ciudadano del cielo. «No, dice San Pablo; un desertor de la Cruz no participará del triunfo del Crucificado.» Para aspirar á su corona, es preciso combatir en la lid de sus dolores: *Si sustinebimus, et conregnabimus*. Este es un tratado solemne entre el Redentor y el hombre rescatado. Sus condiciones están pronunciadas para siempre: Jesucristo las ha sellado con su sangre, y esta sangre las hace tan irrevocables como el mismo Hijo de Dios.

Nada importa que un Dios que padece para entrar en su gloria sea la paradoja de la razon; que la obligacion de sufrir á su ejemplo sea el terror de la naturaleza: el decreto está dado. Este ejemplo fija irremisiblemente nuestro destino: es preciso que la razon calle y la naturaleza obedezca. ¡Triste condicion sin duda! Condicion, sin embargo, que así es aplicable á los tiempos borrascosos de la Iglesia naciente como á toda la serie de los siglos. «Sí, dice el príncipe de los Apóstoles: el ejemplo de un Dios paciente se refiere á todas las edades, y la necesidad de imitarle no es menos inmutable que el ejemplo del cual emana: *Vobis relinquens exemplum, ut sequamini vestigia ejus*.

Nosotros comprendemos esta doctrina, direis; pero si la fé la admira, la naturaleza, desconcertada, no puede sostener su sublimidad y sus repugnancias..... ¿Qué oigo, católicos? ¡Las repugnancias de la naturaleza! ¿No nos avergonzamos de alegar tan indigno pretexto? ¿Qué! El Jefe, coronado de espinas, morirá sobre una Cruz, y

los miembros, cubiertos de flores, vivirán en las delicias! ¡Las repugnancias de la naturaleza! Pero estas repugnancias, pruebas fatales de nuestra corrupcion, ¿no descubren la profundidad de nuestros males y la necesidad de recurrir al remedio? Pero esta naturaleza, ¿no es nuestro enemigo mas peligroso? Capítular con ella, ¿no es fomentar su audacia, y asegurar el triunfo á todos los demas enemigos? Pero Jesucristo, ¿ha venido del cielo para lisonjear la naturaleza, ó para repararla? ¡Las repugnancias de la naturaleza! Pero si es así, ¿la Cruz del Salvador será la triste é infructuosa suerte de aquellas almas puras, siempre muertas al mundo, y siempre vivas á sus ojos; siempre probadas, y siempre fieles; siempre mortificadas, y siempre inocentes? Y nosotros, manchados con mil crímenes; nosotros, á quienes una vida entera de lágrimas y gemidos no bastaria para alcanzar el perdón, ¿rehusaremos sufrir? ¿Y por qué? Porque la naturaleza no gusta de sufrimientos. Y los placeres, ¿seguirán su curso escandaloso? ¿Y nos mantendremos tranquilos en la impenitencia, porque tenemos mas crímenes que expiar? Y la inmensidad de nuestras deudas, ¿nos dispensará de satisfacerlas? ¿No es esta la paradoja mas inconcebible, el frenesí mas asombroso que se puede imaginar! ¿Dónde está la sensatez de que tanto blasonamos en los negocios del siglo?

Pero ¿quién es este hombre de la naturaleza, este hombre hasta tal punto contemplado? ¡El hombre de la naturaleza! ¡Ah, católicos! es un hijo degenerado; digamos mejor, un esclavo digno de su bajeza; otro Esaú, que por saciar su hambre, enajena estúpidamente el derecho de primogenitura y la herencia de la eternidad. ¡El hombre de la naturaleza! Es algunas veces uno de esos filósofos sublimes de nuestros días, cuyo genio atrevido se eleva orgullosamente hasta la clase del insecto; glorioso en este puesto honorífico, abjura el ser inmortal cuya sociedad le envilece. ¡Compañero del bruto, arrastrado por su instinto, goza de lo presente y se asegura sobre el porvenir! ¡El hombre de la naturaleza! Es el hijo de Adán pe-

gador, formado de la tierra y revestido de carne; terrenal y carnal como su padre; en quien reside y triunfa el cuerpo de pecado de que habla el Apóstol; conjunto deforme de vergüenza y corrupcion; coloso vendido á la iniquidad, cuyos miembros culpables son las armas de la injusticia y los instrumentos de la muerte. ¡El hombre de la naturaleza! Es el enemigo de la Cruz y del Crucificado, oprobio de su cuerpo místico, desdeñador de sus promesas; aquel cuya audacia desprecia la autoridad de la doctrina, la equidad de las leyes, la santidad de los ejemplos de Jesus. Este es el hombre de la naturaleza, opuesto enteramente al hombre de la gracia, al candidato de la eternidad, que fijando sus ojos enternecidos, ora sobre Jesus paciente, ora sobre Jesus glorioso, conmovido por sus dolores, atónito en vista de su gloria, imita al uno y suspira por el otro; el que tiene derecho á decirnos: sed mis imitadores, como yo lo soy de Jesucristo.

Si queremos, pues, entrar algun dia en la region de paz y de luz á que hoy sube en triunfo, á la vista de sus discípulos, este Dios Salvador, gustemos el cáliz de sus dolores, ahoguemos los gritos de la naturaleza, suframos á su ejemplo. Pero no nos contentemos con esto; suframos además segun las leyes que ha querido intimarnos. Segunda condicion decisiva contra las angustias y mitigaciones del amor propio.

Y para entrar desde luego en materia, ¿qué prescribe la ley sobre la severidad de la vida cristiana? *in lege quid scriptum est?* Renunciaos á vosotros mismos, dice el Salvador; toda vuestra cruz, y seguidme. Ved, católicos, á qué se reduce, en último análisis, el espíritu y el fondo de la moral evangélica. Es preciso renunciarse á sí mismo: *abneget semetipsum*. Este es el primer tributo de nuestra dependencia, el primer homenaje de nuestra fidelidad, el primer sacrificio de nuestro corazón; sacrificio el mas heroico en sí, el mas perfecto, el único indispensable; el único, por fin, que da un realce inmortal y un precio infinito á todos los demás.

Pero ¿qué entendéis por esta renuncia? ¿Es el sacrifi-

cio necesario de ciertos placeres que no simpatizan ya con nuestra edad, clase ó profesion? ¿Es la privacion forzada de aquellos objetos ajados en el tribunal del público, cuyo comercio vergonzoso choca en secreto con nuestro orgullo aun cuando triunfan de nuestra debilidad? ¿Es un reloj hábilmente montado, y, para usar de este término, un decoro en la conducta que, sin tocar al origen de nuestros vicios, destierra solamente las esterioridades mas reprecensibles, las disfraza con destreza, nos hace producirnos con distincion, nos coloca entre las personas honradas, y que por este glorioso puesto nos indemniza con usura de lo poco que nos cuesta para alcanzarle? ¡Dichosos los hombres si la renuncia evangélica se redujera á esto solo! Pero, en tal caso, ¿fuera necesario que la Sabiduria eterna hubiese bajado del cielo para trazarnos la senda de la justicia y de la felicidad? ¿No teniamos ya, en la educacion, en la sabiduria y política humana, maestros capaces de conducirnos? No es ésta la costosa renuncia de que depende nuestra salvacion.

¿Qué es, pues, renunciarse á sí mismo en la idea de Jesucristo? Escuchemos, católicos, é instruyámonos. Renunciarse á sí mismo es gobernar sabiamente la naturaleza; reprimir con fuerza la impetuosidad de sus movimientos; proscibir la bajeza de sus deseos, la ignominia de sus afectos, la injusticia de sus obras; mudar su direccion y forzarla á seguir el austero camino que Jesucristo les ha trazado. Renunciarse á sí mismo es despojarse del hombre viejo, y cubrir al nuevo con aquella vestidura preciosa que está empapada en la sangre del Cordero, que debe ser el tesoro y el adorno del cristiano. Renunciarse á sí mismo es atacar la concupiscencia y perseguirla en todos sus atrincheramientos; es, no solamente entresacar algunas ramas de este tronco impuro, sino cortar su raíz; es, no solo disminuir la deformidad de sus frutos, sino prevenir estos y ahogarlos en su germen. Renunciarse á sí mismo es mirar el teatro de la vida y todo lo que crece á nuestros sentidos como una decoracion pasajera, una escena pueril, una perspectiva engañosa,

que nada tiene de real mas que su frivolidad; es despreciar todo lo que sigue el vuelo del tiempo; no aficionarse á ninguna cosa que nos sea preciso dejar algun dia. Por último, renunciarse á sí mismo es consagrarse anticipadamente, y por el acto solo de esta abnegacion, al partido de las aflicciones y de la cruz; es desear aquellas y ésta; buscarlas, aceptarlas, amarlas, abrazarlas, preferirlas á todo por seguir á Jesucristo. Esto dice la ley.

Pero ved aquí al mismo tiempo lo que jamás aceptará el amor propio. A la menor señal de reforma y de austeridades, ¡qué sustos! ¡Qué inquietudes! Al instante trata de seducirnos con el acento lisonjero de su falsa ternura. En efecto, si algun santo propósito viene súbitamente á despertarnos de nuestro letargo; si la voz de la conciencia murmura el secreto de nuestra alma; si los remordimientos crueles se elevan de repente del abismo en que estuvieron por mucho tiempo sofocados; si movidos por un justo terror echamos una mirada confusa sobre la historia espantosa de nuestras iniquidades y sobre los sufrimientos de un Dios á quien ultrajan; si al fin nos proponemos vengar sus injurias y expiar nuestros crímenes, ¿en qué pensais! dice al punto el amor propio todo turbado. ¡Habeis consultado todas vuestras fuerzas y pesado las dificultades de una empresa tan superior á su alcance? ¿Qué os hizo este mundo, proscrito con tanto rigor por los devotos? ¿Qué os hizo ese cuerpo, ese vaso de frágil barro, que se disuelve demasiado pronto por sí mismo, para que anticipéis su destruccion? ¿Quereis prevenir los derechos de la muerte? No: yo apoyo los de la naturaleza."

Católicos: no escuchemos este lenguaje seductor. Elevemos nuestras almas aprisionadas en el estrecho torbellino de los objetos sensibles; forcemos nuestros tristes recintos; lancémonos en las profundidades de la eternidad. ¿Qué vemos en Jesucristo que sube hoy á los cielos? Un Dios que por los sufrimientos y las ignominias de su vida mortal, se ha abierto el camino al trono del Padre. ¿Qué vemos en sus escogidos? Unos hombres sa-

tisfechos en los oprobios, en los tormentos, en las prisiones. ¿Y aspiraremos nosotros á las delicias y á la gloria del siglo futuro, siguiendo los gustos y las repugnancias de la naturaleza, escuchando los sofismas del amor propio, adoptando las mitigaciones de este enemigo de la Cruz? ¿De cuándo acá el camino de la perdicion conduce á la vida? ¿De cuándo acá el rico avariento, del seno de los regalos, pasa, como Lázaro, al seno de Abrahan? ¿Creeríais á un predicador que os anunciara tan extraña doctrina? Aunque fuese un ángel del cielo, ¿no le miraríais como á un corruptor público de la palabra santa, como á un profanador de su ministerio? Pues ¿cómo, lo que seria criminal y falso en boca de éste, ha de ser inocente y verdadero en nuestras costumbres? Queda, pues, probado que no podemos aspirar al estado glorioso del Salvador sino por el camino y el mérito de los sufrimientos; tenemos si no sufrimos. Al contrario, puesto que Jesucristo glorioso es garante del precio de nuestros sufrimientos, esperemos si sufrimos por su gloria: asunto de la

Segunda parte.

El rango supuesto á que hoy se eleva Jesucristo por el mérito de una vida paciente, es por excelencia el triunfo de la naturaleza humana. Colocada en su persona sobre los ángeles, arcángeles, principados y todo lo que hay en el cielo de mas sublime, sigue su vuelo y se sienta en el trono de la Divinidad. Ved aquí, católicos, un espectáculo admirable; pero lo mas digno de admiracion en este dogma consolador de nuestra fé, es que la herencia del Jefe llega á ser el patrimonio de sus miembros, con tal que sufran por su gloria, como El ha sufrido por su salud. Así supuesto, pretendo hacerlos ver que

el cristiano debe esperarlo todo de la divina clemencia, bajo los auspicios de una vida paciente: esperanza fundada en el recuerdo de Jesucristo, y en la mediacion de Jesucristo; en el recuerdo de Jesucristo, atento espectador del hombre paciente; en la mediacion de Jesucristo, celoso abogado del hombre paciente.

Jesucristo, testigo perpetuo, atento espectador de nuestros sufrimientos, primer fundamento de nuestras esperanzas á la gloria de que goza. Nosotros sabemos con el Profeta que un testigo fiel nos observa de lo alto de los cielos: *testis in caelo fidelis*. Sabemos que las miradas de Jesucristo están constantemente fijas sobre los hijos de su sacrificio; que todos sus pasos son fielmente trazados en el libro depositario inmortal de las acciones del justo. Verdad consoladora, que sostenia á San Pablo en medio de las rigurosas pruebas de su apostolado. "Yo sé en quién he puesto mi confianza, decia: *scio cui credidi*; y estoy seguro de que es bastante poderoso para guardar mi depósito hasta el gran día de las revelaciones." ¿Cuál era, católicos, este depósito? Aquel agregado apostólico de cadenas, persecuciones, insultos, calumnias y fatigas sufridas por la propagacion del Evangelio y por la gloria del Redentor. Tal es la humilde seguridad de la esperanza cristiana entre las tribulaciones de esta vida pasajera. Yo sé en quién he puesto mi confianza: *scio cui credidi*. Sé que Jesucristo es al mismo tiempo depositario y testigo de mis dolores. Testigo infinitamente penetrante; sondea los corazones, desciende hasta los senos mas ocultos del alma, estudia el nacimiento y los progresos de sus sacrificios, y observa mas curiosamente el interior que el exterior del hombre. Pues estas cruces interiores que el mundo no percibe, y que tal vez ya se han borrado de nuestra memoria, nuestro Salvador las recordará, las publicará y las coronará solemnemente en la asamblea de los escogidos; esta confianza no puede engañarnos: *scio cui credidi, et certus sum*.

Testigo benigno é indulgente, quiere que nuestras cruces tengan una proporcion razonable con nuestras fuer-

zas; y así como prescribó la exagerada delicadeza del amor propio, admite las sábias contemplaciones de la discrecion. En el órden comun, no exige los excesos de una penitencia indiscreta, ni el sacrificio de nuestros días; las mas de las veces acepta la sola voluntad de sus adoradores. Pues estos deseos, cuyo fervor ignoramos nosotros mismos, los hallarémolos, como el alma los ha concebido, en el depósito confiado á la fidelidad de Jesucristo. Ninguna cosa mas segura, dice el Apóstol: *scio cui credidi, et certus sum.*

Testigo propicio y caritativo, su compasion por nuestros dolores no es aquella sensibilidad afectada, pero estéril, tan comun entre los hombres, que se anuncia por bellas palabras, y que en la necesidad se desmiente. No, Jesucristo, con mano infatigable, lleva nuestras cruces en nosotros y con nosotros, y con paso constante nos sigue por la senda de nuestras lágrimas. Y ved aquí lo que consagra su valor y las hace meritorias á los ojos del Eterno. Esta esperanza, que descansa en nuestro seno, llega hasta la certidumbre: *scio cui credidi, et certus sum.*

Primer motivo de nuestras esperanzas entre las amargas de la vida, que buscamos vanamente en medio de los mas acerbos dolores que sufrimos para alcanzar el favor del mundo. No, católicos: por mas que en su servicio trabajemos, no hay que esperar el premio de nuestros sacrificios. Apelo á nuestra buena fé y al testimonio de nuestros pesares. ¿Qué hemos conseguido esclavizándonos bajo su imperio cruel y tiránico? Deplorar, en la amargura de una alma desesperada, el recuerdo de sus perfidias y de nuestros errores. Sin embargo, por una fatalidad inconcebible, el hombre, arrancado por decirlo así, de sí mismo por una fuerza irresistible, cede á su ascendiente funesto. Siempre paciente y siempre quejoso, maldice su cadena, la arrastra en sus congojas, vive en los tormentos, y muere en la esclavitud. Católicos: abramos por fin los ojos; cerremos las avenidas de nuestro corazon á las promesas de un mundo pérfido. A vista del escollo en que tantas veces se ha estrellado nuestra cre-

dulidad, recojamos los despojos del naufragio para salvarlos en el puerto. Instruidos por tan decisivas y frecuentes lecciones, ya que nos es preciso padecer, prefiramos los sufrimientos que Jesucristo garantiza como mediador: hé aquí, en medio de nuestros males, un segundo recurso, harto capaz de suavizar su amargura.

Sí, hermanos míos: desde que Jesucristo entró en el santuario abierto á todos los hombres por la virtud de su sangre, se ha constituido, dice San Pablo, autor de la salud eterna para todos los que sufren por su gloria. Por ellos, pacífico en el seno de Dios mismo, asiste á su diestra como pontífice de los bienes futuros, siempre vivo, á fin de interceder en su favor.

Almas afligidas, abandonad la tierra, funesto teatro de vuestros dolores: venid conmigo á reconocer la patria y la morada de vuestra eternidad. Allí es donde, en todo el resplandor de su vida gloriosa, Jesucristo renueva por vosotros el ministerio de paz que ejerció en todos los instantes de su vida mortal. Allí es donde pide á Dios Padre el precio de tantas lágrimas que habeis derramado por El. Cuando la sangre de la augusta víctima clama en lo alto de los cielos; cuando la voz omnipotente del Pontífice Eterno resuena en medio del templo: en que ejerce su sacerdocio que no se acabará jamás, el cielo escucha con respeto: el Padre atento reconoce sus órdenes absolutas en los clamores y ruegos de su Hijo. Animado por estas ideas consoladoras, llevando ya el cielo en el corazon, el hombre afligido ve con placer inefable llegar el término de sus días y el fin de su destierro. He combatido; he concluido mi carrera; he guardado la fé: ¿qué me resta ahora? ¿Dios mio! sino esperar en paz la corona de justicia reservada á vuestros siervos? ¿Quién podrá arrebatármela, puesto que mi soberano Mediador la pide para mí á su Eterno Padre? ¡Ah! ¿qué de recursos para nuestra fé, qué de motivos para nuestra esperanza, qué de consolaciones en nuestro destierro!

Compareced aquí, mártires del mundo, que habeis pa-

sado en servirles obsequios, días tan infaustos y tan acerbamente deplorados. Invocad á alguno de esos dioses á quienes habeis servido por tanto tiempo y con tan poco fruto. Buscad entre ellos un consuelo; buscad un intercesor, un apoyo. ¡Ay de mí semejantes á aquellos idolos de que habla un Profeta, tienen ojos y no ven; tienen oídos y no oyen; tienen boca y no hablan: *os habent, et non loquentur.*

Sin embargo, vosotros sufríais con paciencia los ultrajes de la fortuna; la esperanza de un porvenir mas próspero os sostenia contra sus reveses. Tengo amigos, deciais. Sí: teneis amigos, es verdad; pero ¡qué amigos! Amigos ingratos. El recuerdo de mil servicios prestados se borra al instante por la repulsa en uno solo que no podeis tributarle; y vuestros pesares mas vivos no expian á sus ojos el crimen involuntario de vuestra impotencia. Amigos injustos y crueles. En vez de participar de vuestras penas, ó de suavizarlas á lo menos, las acrecientan con reflexiones tan inoportunas como desesperantes. Os recuerdan los desórdenes, verdaderos ó falsos de vuestra conducta, la imprudencia de vuestros pasos; y sus bárbaras reprensiones derraman hasta la última gota del cáliz de amargura en un corazón despedazado ya bajo el peso de sus desgracias. Amigos animados de falsa devoción y falso celo. Leen en los decretos del cielo el justo castigo de vuestros desórdenes; y como si la felicidad terrena fuese inseparable de la virtud, os dirán que el inocente jamás ha perecido, y que la experiencia nos enseña, por el contrario, que los que siembran la injusticia recogen su fruto. Amigos envidiosos. Si la fortuna se os muestra risueña, al instante sienten las convulsiones de la envidia: os acarician en público, pero os asesinan en secreto. Amigos indolentes y contemporizadores. Difieren la época de sus servicios para un tiempo que no llegará jamás.

Ved aquí, católicos, los protectores, los amigos que hallamos en el mundo. Este no es un retrato de imaginacion. Nuestros servicios olvidados, nuestras esperan-

zas frustradas, nuestros pesares, nuestros furores, prueban demasiado su realidad. ¡Ah! si buscamos un amigo verdadero, un protector generoso, la Iglesia del cielo le ofrece todos los días á la de la tierra. Ved á Jesucristo en medio de su corte: vedle triunfante al frente de sus escogidos: ved al que no olvidará jamás nuestros sacrificios. Todo lo que hayamos sufrido por su gloria nos lo recompensará; pero ¡con qué exceso? Si le confesamos delante de los hombres, mediador tan poderoso como magnánimo, defenderá nuestra causa y nos confesará delante de su Padre. No es esto todo: espectador perpetuo de nuestros combates, vinculará la victoria á nuestros esfuerzos.

Si, dulcísimo Jesus mío, amoroso Redentor de mi alma: esta es la única esperanza que nos sostiene entre las terribles y peligrosas borrascas del mar proceloso de este mundo. En medio de los recios embates de sus olas amotinadas, volaremos á arrojarnos á vuestros brazos augustos, seguros de que aplacareis su furor y restablecereis la calma. Cubiertos con las alas de vuestra protección omnipotente, ¡qué angustias, qué aflicciones nos serán amargas y harán desfallecer nuestro corazón? Que la tierra se estremezca, que los montes se trasladen á los abismos del mar, nuestra alma se mantendrá siempre en una serenidad imperturbable. Las enfermedades, la persecucion, la muerte, el infierno mismo, serán objeto de nuestro escarnio y desprecio. De este modo, despues de triunfar por vuestra gracia en la carrera de las tribulaciones, formados en la santidad por el modelo de vuestros dolores, participaremos de vuestra corona en la morada celestial. Amen. (1)

(1) Anónimo.